

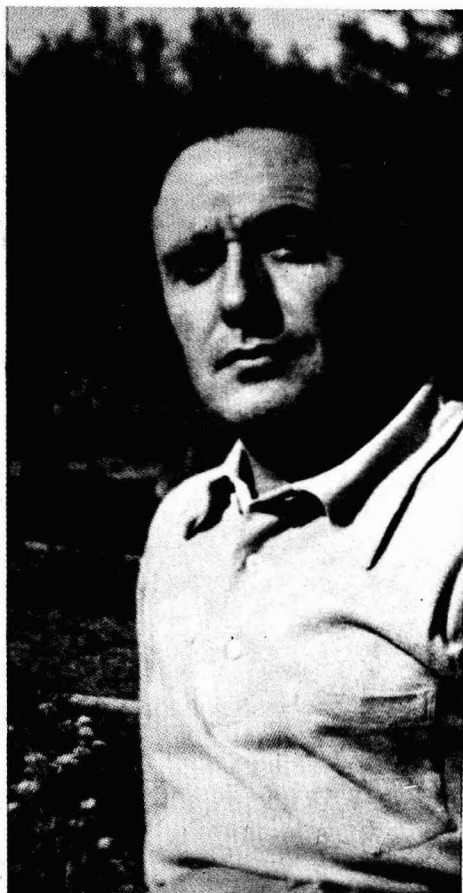
Hace diez años nos dejó para siempre Miguel Prieto: nos dijo adiós con su fértil mano de artista que aún parecía levantarse en el aire trazando signos luminosos. Nunca me abandona su sombra. Con ella converso en silencio algunas noches, como he dicho más de una vez. Con ella recubro, momentáneamente, algo de lo que fue aquel amigo querido, en compañía del cual tanto años, tantos afanes laboriosos del espíritu viví. Difícilmente puede uno consolarse de la pérdida de un camarada como Miguel. A su lado, hasta lo más nebuloso e incierto adquiría forma. Infundía ánimo, entusiasmo, resolución. Era, esencialmente, un creador, un corazón iluminado por la esperanza, un espíritu afirmativo. Creía en el hombre y en sus ilimitadas posibilidades. Había nacido para cultivar la belleza, pero él procuró siempre unir a la belleza el bien.

Español radical, pintor de intensa vida anímica, Miguel trajo a México, bajo la agonía del desterrado que se le resolvía en apasionados destellos de juventud, unas ganas indecibles de crear, de sembrar en esta tierra los sueños que en la suya no pudieron cuajar. Y, en buena parte, logró su empeño. Aquí, en los primeros años, orientó su pintura por los caminos que la nostalgia le abría, hasta ir domeñando poco a poco los vientos de la pasión y entrar en una etapa de madurez.

Realmente, fue en México donde Miguel precisó su estética de pintor y compuso sus mejores y más abundantes obras. Algunas de ellas, las de su último período, empezaban ya incluso a adentrarse en la realidad mexicana y a captar ciertas imágenes características de la misma. Pero su inquietud artística y su afán de conocimiento no se saciaban con la pintura y, al margen de ella o desde ella misma, se entregó a otras disciplinas que —antes en España y, después, en México— iban desde la escenografía y el teatro de marionetas hasta las artes decorativas y publicitarias, el periodismo artístico, la tipografía, la escultura, en cada una de las cuales supo poner, además del esfuerzo laborioso, un soplo de autenticidad personal. Especialmente, en las artes gráficas, realizó una labor profunda y renovadora, que comenzó a dejarse sentir en la revista *Romance* y tuvo espléndida continuidad en los trabajos de Miguel en el Instituto Nacional de Bellas Artes, durante años, y en la dirección artística del suplemento dominical de un diario de esta ciudad, sin mencionar otras múltiples revistas y publicaciones a las que dio vida e infundió un estilo nuevo y brillante. Nunca se insistirá lo suficiente en este aspecto de las actividades creadoras de Miguel Prieto, que dejó en México un estela de vivo fulgor. Ni en el de su influencia en las revistas donde trabajaba, ya que Miguel no era un mero confeccionador de ellas, sino una auténtica voluntad rectora. Y lo mismo puede decirse de sus realizaciones escenográficas, que todavía se recuerdan por sus bien logradas síntesis

U

página
33



Miguel Prieto

de tradición y audacia, de belleza y sentido funcional.

Miguel Prieto fue un pintor de apasionada vocación. La pintura era su vida misma, su razón de ser. La había cultivado desde niño. Hablaba de ella como un iluminado y, a la vez, como un maestro de gran sabiduría práctica. Por la pintura, por entregarse plenamente a ella y dominar sus dificultades, tuvo que padecer en la juventud infortunios y estrecheces. Por la pintura, también, alcanzó tal vez las horas de mayor gozo interior. Yo conozco su obra pictórica como si fuera mía, como si la hubiera creado con mis manos. La vi nacer y desarrollarse en México, día a día. De muchos de los óleos y dibujos que la componen podría contar su historia íntima, su génesis. Algu-

nos los conocí antes de nacer: el artista, en nuestras conversaciones, me los había anunciado. Pero esa obra, cuyos momentos sustanciales pueden precisarse en la pérdida de España y en el hallazgo de México —en la nostalgia y en la sorpresa lentamente asimilada—, no logró alcanzar la plenitud. Miguel se llevó a la tierra, como pintor, mucho más de lo que nos legó. ¿La causa? Para mí, no fue sólo la muerte: fue, sobre todo, la dispersión de su talento artístico. Entre los pintores jóvenes que salieron de España en 1939, tras la guerra civil, Miguel era uno de los mejor dotados, de los que más prometían. Sus cuadros de esa época y de la inmediatamente posterior revelaban un mundo todavía no integrado, una nebulosa radiante que pugnaba por cobrar forma definitiva. ¿Por qué ese mundo no llegó a concretarse del todo? La inquietud multifacética de Miguel —repito— podría ser la explicación más congruente. De todos modos, un innegable valor estético se desprende de la totalidad de esa obra, y lo que en ella hay de infatigable búsqueda, de conmovedoras aspiraciones, guarda el más profundo interés.

Yo tuve una amistad fraternal con Miguel Prieto. Digo mal: fue algo más que amistad, algo más, que sólo puede definirse por ciertas afinidades profundas y duraderas que a veces unen a los hombres. Conmigo compartió Miguel las tareas de *Romance*, de *Ultramar*, de no sé cuántas otras revistas y publicaciones. Algunos de mis libros los ilustró su pluma —tan fina, tan exigente, tan llena de gracia expresiva. Vivimos tan compenetrados, que muchas veces nos asombraban nuestras propias coincidencias, el ajuste de nuestros propios sentimientos. Ahora—a tres décadas de su ausencia—lo veo con un resplandor más íntimo, como si se transparentara en la muerte y me dejase, en puro temblor emocional, lo más recatado de su naturaleza. Tenía, como los ojos, el alma: infantil y llena de fuego, y aquellos aletazos que en el carácter se le oían crujir a veces, no eran sino los brazos de la ternura que no podía detener. Se quemaba en la palabra y en la obra. Se quemaba con sólo pensar. Amó a España con pasión aniquiladora: sus piedras y sus gentes, su erizada geografía y su carácter contradictorio. Pero amó también al hombre, al hombre de cualquier latitud—precioso caudal sobre el que se acumulan las asechanzas. Algunas vez quisimos ambos perpetuar lo que mutuamente habíamos logrado conocer de cada uno: él me llevó al lienzo, yo lo llevé a la página, y en los dos retratos, el pictórico y el literario, se hizo más patente, con el sentimiento artístico, nuestro fraternal destino. En mi memoria vivirá siempre aquel manchego de ojos de niño y corazón entero, aquel artista de inagotables manantiales, aquel amigo reconcentrado y expansivo a un tiempo, que, donde ponía la mano, brotaba vida, emoción...

JUAN REJANO